

Ávila Schiaffini Paloma Renata

18 años.

integrante de brigada de difusión de la facultad de Filosofía durante los sismos.

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, octubre de 2017.

El lugar de un filósofo en situaciones de desastre

El pasado 19 de septiembre de 2017 conmemoramos treinta y dos años del terremoto que devastó la Ciudad de México y, de forma irónica, casi ficticia, el desastre sísmico visitó de nuevo la metrópoli mexicana.

Gente de todos los estratos sociales se movilizaba para aportar manos, fuerza de trabajo para levantar escombros con la esperanza de rescatar alguna persona con vida. Toda mi generación solidarizándose a la par del resto de la sociedad civil, tal como la de mis padres hizo en su época, en 1985. Médicos curando heridos, ingenieros revisando daños estructurales, psicólogos dando terapia en situaciones post traumáticas. Todos voluntarios, todos útiles.

Pero, ¿qué lugar existe para los filósofos en este caso de emergencia?

La búsqueda de utilidad de un filósofo puede dificultarse si se desea obtener una acción inmediata al suceso, pues, el trabajo de cualquier humanista requiere tiempo de reflexión y análisis. Esta incertidumbre que surge al no saber cómo ayudar desde el estudio de la filosofía en medio del caos supone un aparente problema, pero, si tomamos en cuenta que una parte importante de todo el proceso del desastre natural es la toma de consciencia colectiva para generar una rehabilitación a nivel social, el lugar del filósofo toma mucho más sentido.

En dicha rehabilitación de la realidad urbana no sólo se debe tomar en cuenta la reconstrucción en su estructura arquitectónica, sino muchos otros problemas que afectan la vida de los ciudadanos, como en este caso lo fue la negligencia del gobierno en cuanto al Fondo Monetario de Desastres, la corrupción de las empresas inmobiliarias y su innegable irresponsabilidad y delito en el caso de cientos de derrumbes, la apatía de instituciones como el INE y de los altos funcionarios, el pánico colectivo, la desinformación, la manipulación de contenido en los noticieros, las llamadas “cortinas de humo” de las televisoras para distraer a la sociedad de los problemas sociopolíticos, la información mercantilizada.

Respecto a los ejemplos de problemáticas presentes en el sismo del 19 de septiembre ya mencionados, el filósofo del lenguaje puede tratar la dialéctica entre información o mera opinión.

El filósofo de la ética, en casos como éste, trata y discierne los hechos de sus interpretaciones subjetivas, o la realidad de las ideologías, puede tratar el tema de los principios universales y aplicarlos a la injusticia y el fraude que la sociedad mexicana damnificada está viviendo frente a los núcleos de poder, también conceptos como la moral o la virtud pueden ser observados como fenómenos que forman parte del suceso de desastre.

Un filósofo político puede desarrollar el tema del lugar que toman los derechos, las leyes, instituciones y representantes políticos frente a la sociedad civil, y generar teorías sobre cómo debería ser el proceso de reconstrucción y ayuda en estos fenómenos de pérdida humana y material, ayuda que en muchos casos ha sido negada, con indiferencia, desde las instituciones gubernamentales.

Un filósofo de la historia puede cuestionar las bases, desarrollo y finalidad de las determinaciones colectivas frente a la emergencia, y teorizar cómo esto influye en las relaciones humanas, motivaciones y pensamientos del individuo que forma parte de la ciudadanía.

Un filósofo puede hacer uso de sus conocimientos de teoría y metodología para hablar de temas como vulnerabilidad social, aceptación del riesgo u optimismo sostenido, la vida cotidiana y la relación sociedad-gobierno.

Los filósofos pueden repensar el suceso del sismo, determinar la posición de nuestro mundo como un lugar inestable que puede desaparecer, y concluir en que no queda otra opción que disfrutar del día a día y vivir sin miedo, pero fomentando la crítica y la reflexión de sucesos sociales derivados del desastre.

Lo más importante, desde mi punto de vista, es que los filósofos no sólo piensen, repiensen y teoricen, sino que publiquen, divulguen y difundan estos conocimientos adquiridos de la experiencia del sismo para lograr así una invitación al diálogo, al debate, a la exigencia de justicia y de derechos, a los principios éticos y al entendimiento social.

